

CAPITULO XIX.

ALGUNOS PENSAMIENTOS.

No haré mas que algunas breves reflexiones acerca de esos famosos acontecimientos. Los grandes crímenes, así como las grandes virtudes nos llenan de admiración. Todo célebre acontecimiento agrada á la multitud. Complácese esta en agitarse, andar solícita y ser parte de numerosa concurrencia; no faltaria tal vez hombre honrado que compadeciéndose á su legítimo soberano asesinado por una facción, tendria un disgusto, ó quizás se contemplaria como engañado sino llegaba á realizarse el sacrificio (a). He aquí el motivo de haber alucinado á tantos hombres las revoluciones en que ha perdido la vida algun rey, y de hallar imitadores en las generaciones futuras: niños que han asistido á una tragedia, no pueden reconciliar el sueño sino se pone junto á su almohada el puñal ó la espada de los conspiradores que han visto en el teatro. Por otra parte, toda revolucion trae generalmente en pos de sí alguna lección provechosa. Los que estan colocados demasiado cerca de la catástrofe, se afectan mas de los males que de las ventajas que resultan de ella; mas en los que se hallan situados á mayor distancia, sucede precisamente lo contrario: los primeros han sido testigos de la realidad, los segundos no han hecho mas que oírla referir. Este el motivo de no haber apenas ejercido influencia sobre su siglo la revolucion de Cromwell en tanto que en nuestros dias ha encontrado tan apasionados imitadores. Eso mismo sucederá tal vez con la revolucion francesa que por mas que se diga, no ejercerá un influjo muy considerable en las generaciones contemporáneas, al paso que andando el tiempo será tal vez causa de un trastorno general en la Europa (b).

chas, y el abdomen saliente: al andar arrastraba una pierna. Su vista era corta, la boca grande, la voz hueca y vulgar, y ademas habia adquirido la costumbre de tener los ojos medio cerrados. Por leves motivos reía á careajadas: su ademán respiraba alegría, pero no la que procede de un espíritu superior, sino aquel cordial bienestar del hombre honrado que de nada tiene que acriminar á su corazón. No le faltaban conocimientos científicos particularmente en geografía y tenia sus debilidades como todos los hombres. Entre otras manías era aficionado á pegar chascos á sus pajes y á espiar á las cinco de la mañana desde las ventanas del palacio á los señores de la corte que salian de sus departamentos. Si en las carceras se interponia alguna persona entre él y la res, le daban arrebatos de cólera, como yo mismo tuve ocasion de experimentar. Cierta dia que hacia mucho calor ocurrió que un antiguo empleado de las caballerizas sintiéndose muy cansado, echó pié á tierra y se recostó á la sombra, quedándose dormido. De allí á poco pasó el rey, y al ver á aquel hombre, tuvo el capricho de despertarlo, se apeó del caballo, y con la mejor intencion del mundo dejó caer sobre el pecho del dormido una piedra bastante pesada. El anciano al despertarse cediendo al impulso del dolor y la ira exclamó: ¡Ah! ¡Bien os conozco en lo que acabais de hacer! ¡siempre tirano, siempre cruel, siendo feroz como en vuestra infancia! A estas palabras añadió otra multitud de injurias. S. M. volvió á montar aceleradamente, medio riéndose y medio incomodado de haber hecho mal á aquel anciano á quien apreciaba mucho, y al soltar la rienda al caballo, se alejó diciendo: ¡Se ha incomodado! Se ha incomodado!

Por mequinos que parezcan estos rasgos pintan el carácter mejor que las grandes acciones que generalmente no son mas que virtudes de aparato que por otra parte en nada perjudican el respeto que se debe á la memoria de Luis. La inocencia de sus costumbres, su odio á la tiranía y su amor al pueblo le haran siempre apreciable y digno de elogios por parte del hombre imparcial. Aquel desgraciado monarca demostró con su trágico fin que entre los hombres es mejor cuando no se trata mas que de nuestro interés personal, ser malo que débil.

(a) ¿No es abominable?

(b) ¿Me atreveré á decir que todo este párrafo es digno de una obra mejor que el *Ensayo*? Cuando lo escribí la Francia estaba instituyendo repúblicas por todas partes; mas yo comprendí que no serian de larga duracion; preví las conse-

Pero la mayor diferencia que se echa de ver entre la revolucion de Esparta en tiempo de Azis, la de Inglaterra reinando Carlos I y la de Francia bajo Luis XVI, nace particularmente de los hombres. ¿Quién de nuestros contemporáneos podrá ser comparado con Lisandro, patriota enérgico, íntegro y modelo de las antiguas virtudes? ¿Un Cromwell ocultando bajo un aspecto vulgar todo lo mas grande que hay en la humana naturaleza; profundo, vasto y secreto como un abismo? albergando una ambición de César en un alma inmensa, demasiado superior para ser comprendida de sus colegas no siendo Hampden que supo penetrarla? ¿Podremos oponerle la sombra de Robespierre meditando crímenes en la cavernosidad de su corazón, y siendo grande por la única razon de no tener ni una sola virtud? ¿Compararemos con el virtuoso Hampden que hubiera figurado como tal hasta en los tiempos del primer Bruto en Roma, aquel Mirabeau que á un mismo tiempo fue legislador, jefe de partido, orador, novelista, historiador, político en una extension sin límites, sabio en el conocimiento del corazón humano, genio el mas eminente, y corazón el mas corrompido de la revolucion? (c)

Quando tales desproporciones se encuentran entre los hombres, deben existir otras mucho mayores entre los tiempos en que vivieron. En otro lugar nos haremos cargo de esta observación; pues el plan que nos hemos propuesto, exige que por ahora retrocedamos al siglo de Alejandro.

CAPITULO XX.

FILIPPO Y ALEJANDRO.

En tanto que Dionisio caía en Siracusa, y Atenas era presa de facciones, se habia encumbrado un tirano en Macedonia. El carácter de Filipo, que así se llamaba el tirano, es demasiado conocido para que yo me entretenga en describirlo: solo diré, que bien puede calificarse de autor de esa política que domina aun en nuestros dias, y cuya esencia consiste en perturbar para recoger, y en corromper para reinar.

En vano Demóstenes le anatematizó con su elocuencia, el rey de Macedonia se rodeó de sombras en tanto que se sintió débil, y se lanzó á la arena así que se creyó con fuerzas suficientes. Los griegos se opusieron entonces á las maquinaciones del tirano; pero ya era tarde: el magnífico edificio que con tanto trabajo y en medio de tantas borrascas habian erigido á la libertad, vino al suelo en las llanuras de Queronea al impulso de dos hombres, cuyo talento volvió á cambiar la faz del universo.

CAPITULO XXI.

SIGLO DE ALEJANDRO.

Si los tiempos de Alejandro se diferencian de los nuestros por lo tocante á la parte histórica, ofrecen sin embargo semejanzas en lo relativo á la moral. Vióse entonces surgir una multitud de filósofos que se atrevieron á dudar de la existencia de Dios, del universo, y de ellos mismos. En ninguna época ha predominado mas el espíritu de indagación. Se escribió sobre todo, se analizó y disecó todo, no quedando mequino sistema político, ni sutileza metafísica que no fueran objeto de un minucioso exámen. Los pueblos instruidos por lo tocante á sus derechos, y conociendo todas las especies de gobierno, tenían algo

cuencias remotas de la revolucion y no solo la preví sino que tuve el valor de asegurar que *toda revolucion trae generalmente alguna cosa buena en pos de sí* (N. ED.)

(c) Anteriormente he hecho observar que en este *Ensayo* no se encuentra el nombre de Bonaparte mas que una sola vez, y arrojado como por casualidad juntamente con otros en una nota. Mirabeau tenia genio, pero no un genio eminente. El afirmarlo seria una exageración. (N. ED.)

mas que libros para aprender á ser libres: tenían las tradiciones de sus antepasados, y sus tumbas en los campos de Maraton. Gozaban hasta de formas republicanas, vanos juguetes que la tiranía les dejaba tener, como se deja á los niños tocar las armas de que sus pocas fuerzas no les permiten hacer uso: notable ejemplo que da al traste con nuestros sistemas sobre el efecto de la ilustración (a), demostrando que para llegar á la independencia no basta saber raciocinar eruditamente acerca de la virtud, sino que es preciso amarla; pues una vez perdida su afición, no hay en la tierra moralistas que puedan inspirarla. Los siglos de las luces en todos tiempos, han sido los de la esclavitud; ¿por qué singular prodigio nuestro siglo podia exceptuarse de esa regla general? Las comparaciones entre los filósofos antiguos y modernos que vamos á hacer, pondran al lector en el caso de apreciar hasta qué punto la edad de Alejandro es parecida á la nuestra. Mediante esas comparaciones, podrá

verse, que lejos de haber imaginado nada de nuevo, nos hemos quedado muy atrás, menos en lo relativo á historia natural, de la Grecia, y por último, se podrá observar, que en el momento en que los sofistas atacaron la religion y las ideas que el pueblo tenia, se encontró este amarrado por las cadenas que Filipo le impuso.

En vista de los datos que ofrece la historia, no soy dueño de enfrenar mi temor por los futuros destinos de la Francia (b).

CAPITULO XXII.

FILÓSOFOS GRIEGOS.

Dos sublimes talentos casi contemporáneos fueron los fundadores de los diversos sistemas filosóficos de la Grecia.

Tales fue el padre de la escuela Jónica y Pitágoras el de la Itálica.

HE AQUI EL CUADRO SINÓPTICO DE LAS DOS ESCUELAS FILOSÓFICAS:

ESCUELA JÓNICA.

TALES.

SUS DISCÍPULOS INMEDIATOS:

MAXÍMENES, ANAXÁGORAS, ARQUELAO, SÓCRATES.

De la escuela de Sócrates salieron cinco principales ramificaciones que son las siguientes:

SÓCRATES.

Secta megareuse.	Secta elica.	Secta académica.	Secta cirénica.	Secta cínica.
EUCLIDES.	FEDON.	PLATON.	ARISTIPO.	ANTISTENES.
(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)
Sistema de dialéctica ó sea arte de probar todo y no probar nada.	Pura doctrina de Sócrates: la razon y la moral práctica.	Aristóteles: Secta tímida de los peripatéticos. (rama de los académicos.) Sistema del encadenamiento de los seres, dialéctica.	Sistema del hacer sensual.	Zenon, gran secta de los estoicos. (rama de los cínicos.) Fortaleza de alma, fatalidad.

ESCUELA ITÁLICA.

PITÁGORAS.

Sus discípulos son poco conocidos hasta Empedocles: en tiempo de este se dividió la escuela en tres sectas:

EMPEDOCLES.

Secta eleática.	Secta epicúrea.	Secta pirrónica.
LEUCIPO, DEMÓCRITO Y OTROS.	EPICURO.	PIRRON.
(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)
Sistema de los átomos. Atomismo.	Sus discípulos. Sistema de los átomos perfeccionado. Doctrina de la felicidad.	Sus discípulos. Sistema de duda universal.

(a) Eso no es cierto. En la antigüedad el espíritu humano era joven, si bien los pueblos habian envejecido. Por no haber establecido bien esta distinción se ha querido muy desacertadamente juzgar á las naciones modernas con arreglo á la historia de las antiguas, confundiendo dos sociedades esencial-

mente distintas. Ya he dicho en el Prefacio, y demostrado veinte veces en estas *Notas críticas*, el origen de donde provenia ese error.

(b) El despotismo vino en pos de la república francesa, por consiguiente no era infundado mi temor; pero en todo lo

He hablado en otra parte de sus sistemas (1). Trazaré rápidamente el cuadro de la filosofía de los fundadores de las principales sectas de estas dos escuelas, limitándome á Platon, Aristóteles, Zenon, Epicuro y Pirron.

PLATON (2). La sabiduría tomada en toda la extensión platónica de la palabra, es el conocimiento de lo que existe (3).

Filosofía, según Platon, quiere decir deseo de ciencia divina (4), y se divide en tres clases á saber: filosofía de dialéctica, de teoría y de práctica (5). Omito tratar de la primera.

Filosofía de teoría. De nada, nada se hace. De aquí nacen dos eternos principios: Dios y la materia. El primero imprimió movimiento y orden á la segunda. Dios nada puede crear; pero lo arregló todo (6).

Dios, principio opuesto á la materia, es un ser enteramente espiritual, bueno por excelencia, inteligente en el mas alto grado (7), pero no omnipotente, pues no puede enfrenar la propensión de la materia al mal (8).

Dios ordenó el mundo con arreglo al modelo que desde toda eternidad existía en sí mismo (9), y con arreglo á esa razon de la divinidad que contiene los tipos increados de las cosas pasadas, presentes y futuras. Las ideas de la esencia espiritual, subsisten por sí mismas como seres distintos y reales (10). Los objetos visibles de este universo, nada mas son que sombras de las ideas de Dios, que constituyen por sí solas las verdaderas sustancias (11).

Finalmente, además de esas ideas preexistentes, Dios comunicó una emanación de su vida al universo, de donde resultó un tercer principio compuesto simultáneo de espíritu y materia y llamado alma del mundo (12).

Tal es el sistema teológico de Platon, del cual se dice, que los cristianos tomaron el misterio de su Trinidad.

Platon admitía la inmortalidad del alma (13), que al separarse del cuerpo, regresaba al seno de Dios de donde habia salido (14). En otra parte me ocuparé del sistema político ideado por este filósofo, limitándome por ahora á decir, que en su concepto la mejor forma de gobierno, era la monárquica.

ARISTÓTELES (15) Siguió la triple division que Platon habia hecho de la filosofía, y dejando á un lado su malhadada dialéctica que por espacio de tanto tiempo ha servido de asilo á la ignorancia, no me detendré á hablar mas que de su metafísica.

demás de ese párrafo voy fuera de camino y siempre extraviado por la preocupación en que me hallaba de aquella libertad de los antiguos basada en las costumbres. En breve se podrá ver una nota donde yo mismo combato el sistema que en este pasaje me domina. (N. ED.)

(1) Tales atribuyó al agua el principio de la creación. Pitágoras es el fundador del sistema de las armonías. Uno y otro establecieron teoremas y descubrieron magníficas verdades en la ciencia de las matemáticas.

(2) Platon, nació 429 años antes de J. C. (año 3.º de la olimpiada 87) y vivió 82 años.

(3) *Id. Phaed.*, pág. 278.

(4) *Protag.*, pág. 315.

(5) *Resp.*, lib. vi, pág. 495.

(6) *Tim.*, pág. 28; *DIOP.*, LAERT., lib. 3; *PLUT.*, de *Gen. Anim.*, pág. 78.

(7) *De leg.*, pág. 886; *Tim.*, pág. 30.

(8) *Polít.*, pág. 174.

(9) *Tim.*, pág. 249.

(10) *Id. Ibid.*

(11) *Reipub.*, lib. viii, pág. 515.

(12) *Tim.*, pág. 34.

(13) Por muy extraño que parezca no faltan autores que no ponen que Platon no creyó en la inmortalidad del alma y su carecen de razon para decirlo.

(14) *Tim.*, pág. 298.

(15) Aristóteles nació el año 384 antes de J. C. (año 1.º de la olimpiada 99) y vivió 52 años.

Fúndase la doctrina de los peripatéticos en el famoso sistema del encadenamiento de los seres. Aristóteles, remontándose de acción en acción, demuestra que en alguna parte es preciso que exista un primer agente motor de todas las cosas. Ese primer móvil de toda sustancia increada y puesta en movimiento, es la única sustancia que permanece en reposo. No tiene por consiguiente ni cantidad, ni materia. Por lo tocante al insoluble problema de cómo el alma obra sobre el cuerpo, cree el filósofo estagirita hallar una explicación atribuyendo el fenómeno á un acto inmediato de la voluntad del motor universal (16).

Nada mas supo por lo tocante á la naturaleza del alma, á la cual daba la denominación de perfecta energía, diciendo, que si bien no era el primer movimiento, era un principio del movimiento (17), y la consideraba como inmortal.

ZENON, (18) fundador de la secta estoica. Según este sabio consistía la filosofía en una aspiración del alma hácia la sabiduría, y en esta aspiración estribaba la virtud (19).

El mundo se ordenó por su propia energía. Ese conjunto que lo abarca todo y del cual nada puede ser mas que miembro ó parte, es lo que se llama naturaleza. Ese todo se compone de dos principios, uno activo y otro pasivo, que no existen separados, sino unidos entre sí. El primero se llama Dios, el segundo materia. Dios es un puro eter, un fuego que envuelve la superficie exterior y convexa del cielo: la materia es una masa inerte y en reposo (20).

Además de esos dos principios existe otro, al cual Dios y la materia están mutuamente sujetos. Ese principio es el necesario encadenamiento de las cosas, efecto que necesariamente resulta de los acontecimientos, y causa inevitable al mismo tiempo: este principio es la fatalidad (21).

Dios, la materia y la fatalidad no constituyen mas que un solo principio; son, digámoslo así, las ruedas, el movimiento y las leyes de la mecánica y están, como partes, sujetas á las leyes que dictan como conjunto (22).

Afirmaban además los estoicos que el mundo perecería alternativamente por el agua y el fuego, para volver luego á renacer bajo la misma forma (23); que el hombre tiene un alma inmortal, y por último admitían, como la Iglesia Romana los tres estados de recompensa, ó sea de purificación, premio y castigo, y la resurrección de los cuerpos después del incendio general del universo (24).

EPICURO (25). La filosofía según pensó este filósofo no tiene mas objeto que la investigación del bien estar lo cual consiste en la salud y paz del alma. A esa altura se llega por dos caminos, ó sea estudiando el orden físico de los cuerpos y la moral.

El universo subsiste desde toda eternidad: en la naturaleza no hay mas que cuerpos y vacío (26).

Los cuerpos se componen de la agregación de partes de materia, infinitamente pequeñas, ó sea átomos.

Los átomos tienen un movimiento interno: la gra-

(16) *De Gen. Anim.*, lib. ii, cap. vi, etc. *De Caelo*, lib. xi, cap. vi, *De Caelo*, lib. xi, cap. iii, etc.

(17) *De Gen. Anim.*, lib. ii, cap. iv; lib. iii, cap. xi.

(18) Zenon nació el año 359 antes de J. C. y alcanzó una longevidad de 98 años.

(19) *PLUT.*, de *Plac. Phil.*, lib. iv, *SENEC.*, *Ep.* LXIX.

(20) LAERT., lib. v, *STOB.*, *Eccl. Phys.* cap. xiv; *SENEC.*, *Consul.*, cap. xxix.

(21) *Cic.*, de *Nat. Deor.*, lib. i, *ANTON.*, lib. vii.

(22) *Loco citato*

(23) *Cic.*, de *Nat. Deor.*, lib. iii, cap. xlvi; LAERT., libro vii; *SENEC.*, *ep.* ix, xxxvi, etc.

(24) *SENEC.*, *Ep.* xc; *PLUT.*, *resig. stoi.*, pág. 51; LAERT., lib. vii; *SENEC.*, *Ep.* ix, xxxvi, etc.

(25) Epicuro nació el 343 antes de J. C. (año 3.º de la olimpiada 109) vivió 75 años.

(26) *LUCRET.*, lib. ii.

vedad. Verificaríase su movimiento en un plano vertical, si por una ley particular no describiesen una elipse en el vacío.

La tierra, el firmamento, las estrellas, los planetas, los animales, incluso el hombre, debieron su existencia al concurso casual de los átomos, y cuando la virtud engendradora del globo se evaporó, las razas vivientes se fueron perpetuando por medio de la generación (1).

Hay dioses; no porque la razon nos demuestre su existencia, sino porque el instinto nos los revela. Pero esos dioses, extremadamente bienaventurados, no se cuidan ni pueden cuidarse de lo que en este mundo sucede. Residen en una desconocida morada, centro de pureza, de delicias y de paz (2).

Moral. Hay dos especies de placeres: la primera consiste en una perfecta quietud del espíritu y del cuerpo, y la segunda en una dulce emoción de los sentidos que se comunica al alma. No debe entenderse por placer esa embriaguez de las pasiones que se enseñorea de nosotros, sino una tranquila ausencia de todo mal. No debe tampoco ese estado de calma ser una profunda apatía, un marasmo del alma, sino aquella sensación que uno experimenta en el armonioso ejercicio de las facultades físicas é intelectuales. Una vida feliz no puede compararse ni con un torrente rápido, ni con el agua estancada; solo puede dar una idea de tan dichosa vida el arroyuelo que silenciosa y lentamente se desliza por el valle, reflejando en sus cristales las flores y el follaje de sus márgenes (3).

En eso consistía el encantador sistema de Epicuro, calumniado por espacio de tanto tiempo. Por lo tocante á Pirron hay que advertir que el escepticismo antiguo mas bien que en una negativa universal, consistía en una indiferencia absoluta. No negaba el filósofo pirrónico la existencia de los cuerpos, los incidentes del calor, del frío etc.; pero se limitaba á decir que creía experimentar ó sentir tal ó tal cosa, sino afirmar si en realidad existía y sin tomarse siquiera la molestia de indagarlo. Ellos decían: Dios existe, ó no existe; tal cuerpo parece redondo, ó cuadrado, ú ovalo; parece que el sol brilla etc. (a) (4).

(1) Epicuro imaginó ese movimiento de declinación para no caer en el sistema de los fatalistas, según el cual es inútil molestarse por conseguir la felicidad. Pero la hipótesis es absurda; pues si este movimiento es una ley, es de rigurosa necesidad, ¿y en tal caso como puede una causa necesaria producir un efecto libre?

(2) *LUCRET.*, lib. ii, LAERT., lib. ix.

(3) LAERT., lib. x; *Cic.*, *Tuscul.*, lib. iii, cap. xvii; de *Finib.*, lib. i, cap. xi-xvii.

(a) La explicación de esos sistemas dió á los críticos modernos motivo de creer que el autor habia leído algo. Confieso que yo amaba entonces apasionadamente la metafísica; pero ¿qué era lo que yo no amaba entonces? Tan apasionado estaba del álgebra, como de la poesía, y por lo tocante á erudición histórica tenia el afán de un verdadero benedictino.

(N. ED.)

(4) Queda siempre en las matemáticas una invencible objeción contra el pirronismo. Que los cuerpos no sean mas que una modificación de nuestros sentidos, pase; pero no por eso puede dudarse que las cosas geométricas existen por sí mismas. Sea que yo me considere como cuerpo, ó como espíritu, las propiedades del cilindro, del polígono, de la tangente, de la secante, etc., no por eso dejarán de poder ser demostradas hasta la evidencia. Luego hay algo que no me pertenece; que no puede ser una combinación de mis pensamientos, porque toda verdad que puede demostrarse (y solo las matemáticas son susceptibles de serlo) existe por sí misma? Además, si yo soy espíritu, ó parte del todo, Dios ó materia, ¿cómo podrá la cantidad finita de una línea ser efecto de una causa infinita? Desde el punto que se demuestra haber algo fuera de mí mismo, se viene al suelo todo el sistema de los escepticos; pues aunque no me sea dado probar la realidad de aquel objeto, tengo motivos para creer en su identidad; no siendo que se admitan las verdades matemáticas en el orden de los *Números de Pitágoras* ó el *Mundo*

No nos importa tanto considerar lo que puede haber de verdadero ó falso en esos sistemas, como el hacernos cargo de la influencia que ejercieron en el bien estar de los pueblos por donde se propalaron. En otra parte investigaremos esa influencia, contentándonos en la actualidad con manifestar cuán directamente propendían contra las instituciones morales, religiosas y políticas de la Grecia. Así es que los sacerdotes y magistrados se opusieron á dichos sistemas empleando cuanto vigor pudieron para impedir su propagación, pues no se les ocultó que se resentiría el edificio social hasta en sus bases, y que unos escritos que ponderaban la monarquía en un estado republicano, y el ateísmo, ó deísmo, en un pueblo lleno de fe religiosa, debían producir tarde ó temprano la disolución de la sociedad. De manera que los filósofos griegos se hallaron lo mismo que los de nuestros días en lucha abierta con el siglo. ¡Pero predicaban la verdad! ¿Qué importa? No siempre la verdad sencilla y abstracta constituye la verdad compleja y relativa. No precipitemos con nuestras opiniones el curso de las cosas. Si un gobierno es malo, si una religión es supersticiosa dejemos obrar el tiempo que sabrá remediarlo mejor que nosotros mismos. Los cuerpos políticos abandonados á su propia acción sufren metamorfosis naturales como las crisálidas. Por largo tiempo permanece el insecto encerrado en la prisión que él mismo se ha construido, dominado al parecer del sueño á la abyección y en el estado mas vil, pero de repente, á la hora menos pensada se le ve con asombro taladrar los muros de su prisión, desplegar dos magníficas alas, y volar gloriosamente al campo de la libertad. Si hubiera habido quien por medio de un calor intempestivo hubiese tratado de acelerar la transformación, es probable que el insecto habria muerto, y en vez de reproducirse el magnífico espectáculo de libertad y nueva vida, solo se hubiera encontrado un cadáver y unas formas asquerosas (b).

Antes de tratar del importante asunto de la influencia de las opiniones sobre las costumbres y gobiernos de los pueblos (c), comparemos nuestros filósofos con los de la Grecia.

CAPITULO XXIII.

FILÓSOFOS MODERNOS.—DESDE LA INVASION DE LOS BARBAROS HASTA EL RENACIMIENTO DE LAS LETRAS.

Habiendo caído la Italia, la Francia y la Gran Bretaña bajo el yugo de los pueblos del Norte, se extendió por todo el Occidente una filosofía bárbara que inspiró odio á las letras á los mismos que habrían debido protegerlas. En aquella triste época fue cuando los emperadores dictaron leyes para desterrar á los matemáticos y á los hechiceros (5), y los papas entregaron á las llamas las bibliotecas de Roma (6) (d).

ideal de Platon. En cuyo caso serian el verdadero Dios tan buscado por los filósofos.

(b) Esta comparación será tal vez demasiado larga; pero encierra una verdad de primer orden; no hay revolución duradera sino la que el tiempo hace gradualmente y sin violencias (N. ED.)

(c) Aquí mi sistema entra en el terreno de la razon: no es posible negar la influencia de la opinion sobre las costumbres (N. ED.)

(5) *Cod. Just.*, lib. x, tit. xviii; *Cod. Theod.*, de *Pag.* pág. 37.

(6) Sarisberiens. *Policrat.*, lib. ii, viii, cap. ii, vi. Gregorio mandó quemar la hermosa biblioteca del templo de Apolo reunida por los emperadores romanos.

(d) Bien está que uno se indigne al ver arrojadas bibliotecas á la hoguera, pero ¿por qué han de figurar entre las calamidades de aquella época los nombres dados á las notas del dia-

* Por esta nota se ve con qué buena fe combatía yo el pirronismo y cuan distante estaba del materialismo y del ateísmo. (N. ED.)

Estudiábase con ardor en los claustros el *Trivium* y el *Quadrivium* (1). Un fraile inventó las notas del diapasón sobre las primeras sílabas del himno *Ut queant laxis* (2), y para colmo de males aparecieron hacia el siglo XII las obras de Aristóteles. De entonces data aquella maldada filosofía escolástica, compuesta de las sutilezas de la dialectiva peripatética y del oscuro misticismo de Platon.

No tardó la nueva secta en subdividirse en varias ramificaciones con los nombres de *nominalistas*, *albertistas*, *occamistas* y *realistas*. Mas de una vez sus campeones pasaron a vías de hecho y hasta los pontífices y los reyes combatieron en pro ó en contra. Brillaron entre los nuevos filósofos Tomás de Aquino, Alberto, Roger, Bacon, y antes de todos ellos Abelardo, de quien no conviene olvidarse. Hay muertos cuyo nombre dice mas que cuanto nosotros podríamos decir (a) (3).

pason por Guido Aretino? ¿Qué transición hay posible entre el estudio del *Trivium* y las primeras sílabas de una estrofa de *Ut queant laxis*? ¿Por qué razón las obras de Aristóteles han comido los males causados por el *ut, re, mi, fa, sol, la*? Yo sabía todo eso hace treinta años.

(1) Estos dos célebres versos encierran toda la ciencia del *Trivium* y del *Quadrivium*.

Gram. loquitur, Dia. vera docet, Rhet. verba colorat, Mus. cant. Ar. numerat, Geo. ponderat, Ast. colit, astra

(2) Guido Aretino halló la expresión de las seis notas en el himno de Pablo el Diácono.

*Ut queant laxis.—Resonare fibris,
Mira gestorum.—Famuli tuorum,
Solve polluti.—Labi reatum,
Sancte Iohanes.*

(a) Preciso es convenir que enlace con bastante sutileza una nota con un nombre, pues á propósito de Abelardo hallo modo de insertar un largo pasaje de mis *Viajes á América*. En esta nota se encuentra la descripción de la catarata del Niágara, tal como la he hecho ya en la *Atala*. Luego entro en una relación bastante circunstanciada acerca de mis proyectos de descubrimiento en América Septentrional. No son, pues, ni los viajes de Mackenzie, ni las últimas expediciones de los Ingleses las que me han hecho decir que en otros tiempos intenté el descubrimiento del paso á los mares del polo, al Noroeste del Canadá, descubrimiento que el capitán Francklin está intentando en estos momentos. Mi proyecto fue anterior á esas empresas, como consta por esta obra publicada en Londres en 1797, hace ya 29 años. Puede decirse que lo Providencia me ha puesto varias veces en disposición de acometer diversas carreras presentándose siempre en perspectiva el término mas difícil y mas distante: sucesivamente me ha ido dando el baston del viajero, la espada del soldado, la pluma del escritor y la cartera del ministro. (N. ED.)

(5) Una vez he probado evidentemente el mágico efecto de un nombre, y esta fue en América. Encaminándome al país de los salvajes, me embarqué en un paquebot, que por el río de Hudson va desde New-York á Albany. Los pasajeros eran numerosos y componían una amable sociedad en la que había muchas señoras y algunos oficiales americanos. Un viento fresco nos iba conduciendo suavemente á nuestro destino. Hacia el anochecer de la primera jornada nos hallábamos todos reunidos sobre el puente tomando un refresco: las señoras estaban sentadas en los bancos del castillo de popa y los hombres nos colocamos á sus pies. La conversación dejó muy en breve de ser animada; he observado que cuando se presenta á la vista algún magnífico cuadro de la naturaleza, todos los que lo contemplan caen insensiblemente en el silencio. De repente uno de los pasajeros exclamó: Cerca de aquí fue donde quitaron la vida al Mayor André.

Al oír este nombre todas mis ideas sufrieron un desconcierto: suplicaron á una linda pasajera americana que cantara el himno de aquel desgraciado joven y ella cediendo á los ruegos se puso á hacerlo con una voz tímida llena de voluptuosidad y de emoción. El sol iba llegando á su ocaso, y en aquel mismo instante nos hallábamos entre unas escarpadas montañas. Veíanse en el horizonte algunas cabañas suspendidas sobre abismos, y que aparecían y desaparecían súbitamente entre las nubes medio blancas, medio purpúreas, que pasaban horizontalmente á la altura de aquellas habitaciones. Cuando por encima de dichas nubes se veía la cima de alguna roca, ó las cumbres de los montes con su cabellera de altos pinos, hubiera podido decirse que se veían islas flotando por el aire. La

Constantinopla acababa de caer bajo la dominación

magestuosa corriente del río, ladeándose unas veces al Norte y otras al Sur, se presentaba en aquel momento á nuestra vista, extendiéndose en línea recta y encajonada entre dos orillas paralelas como una tabla de plomo; luego encorvándose repentinamente arrastraba sus olas doradas por los últimos rayos del ocaso alrededor de un monte, que interponiéndose a la vista con todo su follaje, parecía un inmenso ramillete suspendido ó una zona azul y de color de aurora. Todos los pasajeros guardaban profundo silencio; yo apenas me atreví á respirar. Nada interrumpía el melancólico canto de la joven no siendo el rumor apenas sensible de la quilla al deslizarse rápidamente sobre las olas. Alguna vez cuando estábamos muy cerca de la orilla, la voz de la cantora parecía tomar un timbre mas grave, y en dos ó tres sitios fueron repetidos sus acentos por un eco lejano. En tiempo de la mitología se hubiera podido creer que el alma de André, atraída por aquella suave melodía se complacía en repetir sus últimas notas alá en el silencio de las montañas. La idea de aquel joven, enamorado, poeta, valiente y desgraciado, que favorecido con el recuerdo de sus conciudadanos y con las lágrimas de Washington murió en la flor de la edad por su país, acababa de dar á aquella romántica escena un colorido mas patético. Los oficiales americanos y yo teníamos los ojos henchidos de lágrimas; yo por efecto del delicioso éxtasis en que me hallaba sumergido, y ellos sin duda por el recuerdo de los trastornos de la patria vivamente excitado por la calma de aquel momento. No podían contemplar sin una especie de arrobamiento del corazón aquellos sitios donde en otro tiempo resonó el estrépito de las armas de numerosos batallones, y en aquel instante sepultados en una profunda calma, iluminados por el último crepúsculo, decorados con la pompa de la naturaleza, animados con el dulce silbido de los cardenales, y el monótono arrullo de las palomas torcaes, y cuyos sencillos habitantes sentados en el pico de alguna roca a poca distancia de sus cabañas contemplaban tranquilos la marcha de nuestro buque.

Por mi parte aquel viaje no era mas que el preludio de otro mas importante: proponíame nada menos que determinar por tierra la gran cuestión del paso del mar del Sur al Atlántico por el Norte. Sabido es que á pesar de los esfuerzos del capitán Cook y de otros viajeros la cuestión permanece siempre en pie. El plan que yo me había propuesto y comunicado á M. Mallesherbes era el siguiente:

Si el gobierno hubiera favorecido mi proyecto, me habría embarcado para Nueva York: aquí hubiera hecho construir dos inmensos carros cubiertos, arrastrados por cuatro pares de bueyes. Además, me habría llevado seis caballos pequeños como los que me sirvieron en mi primer viaje. Tres criados europeos y tres salvajes de las cinco naciones me habrían acompañado, y hubiera además tomado otras precauciones que tengo especificadas en un pequeño tomo que no sería inútil para los que traten de explorar regiones desconocidas. No puedo sin embargo menos de decir que todas mis precauciones estaban tomadas en sentido tan pacífico, que hubiera desistido de recorrer los desiertos de América á trueque de no costar una sola lágrima á sus sencillos habitantes.

Hechas estas prevenciones me habría puesto en marcha caminando directamente al Oeste á lo largo de los lagos del Canadá hasta el origen del Misisipi que también habría reconocido. Desde allí bajando por las llanuras de la Alta Luisiana hasta los 40° de latitud Norte habría vuelto a seguir mi rumbo al Oeste hasta abordar la costa del mar del Sur, un poco mas arriba del golfo de California. Siguiendo el contorno de las costas sin perder de vista el mar, me habría remontado directamente al Norte, dando espalda al Nuevo Méjico. En el caso de que ningún descubrimiento hubiese detenido mi marcha, habría avanzado hasta la embocadura del gran río de Cook y desde allí hasta el del Cobre á los 72° de latitud septentrional. Finalmente, en el caso de no haber encontrado paso por ninguna parte, y no haber podido doblar el cabo mas septentrional de América, habría regresado á los Estados Unidos por la bahía de Hudson, Labrador y el Canadá.

Tal era el inmenso viaje que me proponía, en el cual no habiendo ocurrido interrupción habría gastado cinco ó seis años, proponiéndome hacer un indisputable servicio á mi patria y á la Europa.

Grandes eran sin duda los peligros que me amenazaban; pero en este particular debo advertir que á pesar de lo que se dice de los salvajes, los riesgos que he corrido en América casi siempre han provenido de las localidades y de mi imprudencia, y rara vez de parte de los hombres. Por ejemplo, hallándose rota la escalera que los Indios habían construído en la catarata del Niágara, me empeñé á pesar de las reflexiones de mi guía, en bajar al pie de la caída por una roca casi vertical de cerca de doscientos pies de elevación. En me-

de los turcos y el resto de los filósofos griegos fugitivos encontraron un asilo en Italia. Las letras principiaron á revivir por todas partes. Dante y el Petrarca habían ya aparecido. Este último es mas conocido por sus *canciones* que por sus tratados *De contemptu mundi*, y *De sua ipsius et aliorum ignorantia*, aunque en realidad esta última obra vale mas que la mayor parte de sus sonetos. Pero Laura y Vaucluse son nombres muy dulces y los hombres se conmueven mas fácilmente por el corazón que por la cabeza. Pico de la Mirandola, Policiano y otros mil que florecieron en aquella época, merecieron con razón ser considera-

do de los rugidos de la catarata y del espantoso abismo que hervía bajo mis plantas, pude conservar la cabeza y llegar á unos cuarenta pies de distancia del fondo. Mas como allí ya no había en la roca ni raíces, ni nudaduras en que apoyarme, quedé colgando todo lo largo del cuerpo, no pudiendo subir ni bajar, sintiendo que mis manos arumadas por el peso empezaban á desasirse de la superficie saliente de una hendidura á que estaban aferradas, y considerando como inevitable la muerte. Pocos hombres habra que hayan pasado dos minutos de tanta angustia, como yo los pasé suspendido sobre el abismo del Niágara. Al fin mis manos no pudieron resistir, se abrieron y caí. Por una inexplicable fortuna me encontré sobre un penasco, donde naturalmente debía haberme estrellado, y sin embargo, en ninguna parte de mi cuerpo sentía dolor; estaba á media pulgada del abismo y no había rodado hasta él; pero cuando el frío del agua empezó á penetrarme, sentí un dolor insuportable en el brazo izquierdo, y conocí que me lo había fracturado. Mi guía corrió á buscar algunos salvajes que con mucho trabajo consiguieron sacarme de aquella profundidad por medio de cuerdas de cortezas de árbol.

No es ese el único riesgo que corri en el Niágara: al llegar me arrimé al borde de la catarata, llevando las riendas del caballo envueltas en el brazo. Mientras que yo estaba medio inclinado contemplando el abismo, se asustó el caballo de una cuebra de cascabel, se encabrió y avanzando hacia el precipicio me arrastró en pos de sí, no dando lugar á desenredarme de las riendas. Ya estaba el cuadrúpedo á punto de lanzarse y no tocaba en la tierra sino apoyándose en los cuartos traseros: mi ruina era inevitable, cuando espantándose sin duda del nuevo peligro, volvió á encabrirse, y dando un salto de lado se separó lo menos diez pies de la orilla.

Esa famosa catarata sobre la cual no puedo resistir á la tentación de escribir otra página, que tal vez no desagradará á mis lectores, está formada por el río Niágara al salir del lago Erie y arrojarse en el Ontario. La caída se verifica á unas nueve millas de este último lago, y su altura perpendicular tendrá acaso unos doscientos pies. Mas lo que contribuye á que el raudal se precipite con tanta violencia es el venir desde su salida del lago Erie descendiendo por un plano rápidamente inclinado, de manera que al llegar á la catarata, mas que río es un mar impetuoso, cuyos cien mil torrentes corren desenfundados á precipitarse en la ancha boca del abismo. La catarata se divide en dos brazos y se encorva á manera de herradura de cerca de media milla de circuito. En medio de ambos brazos avanza un enorme penasco hueco en su parte inferior que con todos sus pinos y toda su verdura está pendiente sobre aquel tumultuoso caos de agua. La masa del río que se precipita hacia el Mediodía, se arquea y toma la forma de un vasto cilindro al lanzarse y luego se desarrolla como una capa de nieve, y refleja la luz del sol con todos los colores del prisma: el otro brazo que cae hacia el Norte, se desploma causando una espantosa sombra, cuya una columna de las aguas del diluvio. Numerosos arcos iris se forman y cruzan sobre el abismo, cuyo terrible mugido se oye á nueve millas de circunferencia. Al estrellarse las aguas en la conmovida roca se disuelven en torbellinos de espuma, que elevándose sobre los bosques inmediatos parecen, vistos á cierta distancia, columnas de humo de un vasto incendio. Rocas desmesuradas y gigantescas, á manera de fantasmas decoran aquella escena sublime. Algun aveílano, y algun parduzco y escamoso sahucó, son los únicos vegetales que á duras penas se sostienen en aquellos esqueletos de piedra, y los únicos animales que frecuentan aquellos sitios son las águilas, que cerniéndose magestuosamente sobre el abismo, se ven tal vez arrastradas por algun torbellino de aire y á su pesar tienen que descender hasta el fondo. También suele verse algun chacal tigre, que suspendido por medio de su larga cola enroscada á una rama, acecha el momento de recoger el cadáver de alguna danta ó de algun oso arrastrado por la corriente; pero lo que mas abunda son las cuebras de cascabel que por todas partes hacen resonar sus sinistros rumores.

dos como prodigios de erudición. En pos de ellos vino Erasmo, cuyas *Cartas*, y *Elogio de la locura* están llenas de imaginación y elegancia. No tardaron los reformadores de la Iglesia Romana en atacar mas vigorosamente aun la secta escolástica (1). Volvieron á revivir las obras de los demás filósofos de la Grecia. Gasendi renovó casi enteramente la secta de Epicuro (2) y se hizo célebre por su talento astronómico y por ultimo tres hombres, Jordan Bruno, Gerónimo Cardan y Francisco Bacon desdendiéndose seguir las huellas de los griegos abrieron una nueva senda en Europa, y fundaron lo que se llama la *filosofía moderna*.

CAPITULO XXIV.

CONTINUACION. — DESDE BACON HASTA LOS ENCICLOPEDI-
DISTAS.

El canciller, lord Bacon (3), uno de los hombres que houran al género humano, dejó varias obras. Su inmortalidad es debida principalmente al tratado *On the advancement of learning* y al *Novum organum Scientiarum*.

En el primero examina en toda su plenitud el círculo de las ciencias, clasificando cada cual á una respectiva facultad intelectual que en su concepto son cuatro, á saber, alma, memoria, imaginación y entendimiento. Reduce todas las ciencias al número de tres; esto es poesía, historia y filosofía. En su segunda obra, deshecha el metodo de raciocinar silogísticamente, y propone la física experimental como única guía en la naturaleza. Así es como aquel prodigioso talento franqueó el paso de la ciencia á los que vinieron despues de él, indicando su verdadero puesto á los que tuvieron la dicha de prestarse docilmente á las inspiradas advertencias de aquel genio sublime (4).

En tanto que Bacon ilustraba la Gran Bretaña, Campanella (5) florecía en Italia. Ese hombre extraordinario atacó vigorosamente las preocupaciones de su siglo, y desgraciadamente no pudo librarse de ser arrastrado por el torbellino de los sistemas. Sepultado durante 27 años en los calabozos (6), vivió como una salamandra entre las llamas de su propio talento, no teniendo ni siquiera una pluma, ni siquiera un miserable papel para ponerse en comunicación con el exterior. En sus escritos brilla el ingenio, pero se echa de ver una cabeza desarreglada. Por lo demas hay que advertir que admitía según el sistema de Platon el alma del mundo, etc.

Hobbes (7) contemporáneo de Bacon publicó muchos escritos: su libro *De la naturaleza humana*, su tratado *De corpore politico*, su *Leviatan* y su *Dissertacion acerca del hombre* son las obras de este filósofo que merecen mas consideracion. En política sostuvo poco mas ó menos los principios del *contrato social* de J. J. Rousseau, pero al mismo tiempo defiende las opiniones mas disolventes de la sociedad. Opina que la autoridad y no la verdad debe constituir el principio de la ley; que el magistrado supremo que castiga al inocente peca contra Dios, pero no contra la justicia; que no hay propiedad, etc. En moral dice que el estado de la naturaleza es un estado de guerra, y que la felicidad consiste en un continuo paso de deseo á deseo (8).

(1) *Declarationes ad Hoildebregentes*, apud Werensdorf.

(2) *SORBIERE, de Vit. Sass. Praef. Synt. Phil. Epic.*; BAILE.

(3) Nació en 1560 y vivió 79 años.

(4) Véanse las obras citadas.

(5) Nació en 1568 y vivió 71 años.

(6) Por una supuesta conspiracion contra el rey de España.

(7) Nació en 1588 y murió en 1679.

(8) Véase las obras citadas, particularmente el *Leviatan*,

Descartes (1) resucitó el pirronismo y abrió las cataratas del diluvio de la filosofía moderna. La única verdad, en su concepto, consiste en su famoso argumento, *yo pienso, luego yo existo*. Admitía las ideas innatas, y la existencia de la materia. Explicaba la acción del alma sobre el cuerpo con arreglo á los principios de Platon (2), y en la física es bien conocido su sistema de los torbellinos.

Leibnitz publicó su sistema de las *Mónadas* (unidades) con cuya palabra quiso dar á entender una simple sustancia sin partes, pero que siendo diversa en sus propiedades y relaciones, hace que de sus diversas combinaciones aparentes resulten otras muchas en la unidad. Ese sistema tiene en cierto modo alguna analogía con los *Números* de Pitágoras, y las *Ideas* de Platon. Leibnitz (3) es el autor del cálculo diferencial (*).

Espinosa (5) es la imagen del ateo por excelencia. Admite una sustancia universal que contiene en sí misma todos los principios de modificación: esa sustancia es Dios. De manera que todo viene de Dios: el muerto y el moribundo, el rico y el pobre, el que sonríe y el que llora, la tierra, los astros, todo pasa y existe en Dios (6).

Locke (7) dejó en su tratado *On human understanding* uno de los más hermosos monumentos del talento del hombre. Sabido es que destruye las ideas innatas; que explica la naturaleza de esas ideas derivándolas de dos fuentes: la reflexión y la sensación (8).

Grocio (9) después de Maquiavelo, Mariana y Bodin (10) fue uno de los primeros que hizo revivir en Europa la política. Su libro *De Jure Belli, et pacis* carece de método y no se contiene en el límite que su título indica. Además todo él estriba en un principio dudoso: la sociabilidad del hombre (a); pero no puede negarsele rasgos de talento y erudición.

Puffendorf (11) desplegó menos talento que Grocio en su tratado *De Jure Naturæ et Gentium*; pero es más instructivo por el excelente plan de la obra. Llegase de la moral á la política (único camino para llegar á la verdad) considerando al hombre en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.

El universal escepticismo de Bayle (12), aparece claramente en sus escritos, pues destruye todos los sistemas conocidos, sin proponer ninguno nuevo (13). A pesar de eso merece con razón ser considerado como el más eminente dialéctico que en ningún tiempo ha existido.

Malebranche (14) dejó un nombre ilustre. Encuétranse en su *Indagación de la Verdad* las dos más extraordinarias opiniones que han cabido en la mente

(1) Nació en 1596 y murió en 1650.

(2) Vide *Princip. Phil., Medit., Phil.; De prima Phil.*

(3) Nació en 1646, vivió 55 años.

(4) Vid. *THEODICEA, Calculus differentialis, etc.* Un monumento literario algo más precioso que la correspondencia de los enciclopedistas es la de Newton, Clarke y Leibnitz por ejemplo, cuando este da parte al primero de su descubrimiento del *calculo diferencial* y Newton consulta su opinión acerca de su *Teoría de las mareas*.

(5) Nació en 1652, murió en 1677.

(6) *Traclat. Theolog. Politic.; Orat. pro Chr., BAYL. SPIN.*

(7) Nació en 1652, murió en 1704.

(8) *Essay ou hum. underst.*

(9) Nació en 1583, murió en 1643.

(10) Sidney escribió de allí á poco tiempo. No hay que confundir este Sidney que escribió un excelente *Tratado de Gobierno* con otro Sidney, autor de la *Arcadia*.

(a) ¿Me propondría yo negar la sociabilidad del hombre? (N. ED.)

(11) Nació en 1631, murió en 1694.

(12) Nació en 1647, murió en 1706.

(13) *Dict. Resp. ad Provincial Quend.*

(14) Nació en 1658, vivió 77 años.

de un filósofo. Afirma que no es el pensamiento lo que produce el entendimiento, sino que este se deriva inmediatamente de Dios, y que el espíritu humano comunica directamente con la divinidad y en ella lo ve todo (15).

Muy difuso y ageno del propósito de esta obra sería recordar todos aquellos grandes hombres que al mismo tiempo empleaban con ardor su capacidad en el estudio de la *Historia natural*. Copérnico volvió á dar al universo su verdadero sistema (16) perdido desde Pitágoras; Galileo, inventó el telescopio, descubrió los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, etc. (17), y finalmente el inmortal Newton, indicó el camino de los cometas, vió el movimiento de todos los mundos, penetró en el principio de los colores, y, si así puede decirse, robó al mismo Dios el secreto de la naturaleza (18). Todos esos hombres ilustres precedieron á los enciclopedistas de los cuales me voy á ocupar en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXV.

ENCICLOPEDISTAS (19).

Imposible sería entrar en detalles acerca de la filosofía de los enciclopedistas: la mayor parte de ellos han caído en el olvido sin dejar más recuerdo que la revolución francesa (20). Tampoco es fácil tratar de sus libros; ninguno de ellos ha explanado sistemas completos. Solamente vemos por muchas obras de Diderot que admitía el ateísmo puro fundándose en razones de mala ley (21). Voltaire se desentendió enteramente de la metafísica: no hizo más que reír, escribir hermosos versos y destilar inmoralidad. Los que vivieron en tiempos más inmediatos á los nuestros, no son tampoco mucho más fuertes en su modo de raciocinar. Helvecio escribió libros para niños, llenos de sofismas que el más ramplon estudiante podría refutar. Omito hablar de Condillac y de Mably, ni tampoco diré nada acerca de Juan Jacobo, ni Montesquieu, hombres de un temple superior á los enciclopedistas.

¿Cuál fue pues el espíritu de esa secta? La destrucción. Su objeto fue, destruir; su único argumento

(15) *Indagaciones de la verdad.*

(16) *De Orbium celest. revol.*

(17) *VIVIANI, Vit Gal.; Act. Phil.; Sistema cosmicum.*

(18) *Philosophiæ naturalis principia mathematica*. No se sabe á cual de esos tres grandes hombres que acabo de citar, puede tributarse mayor admiración, al ver cual unos en pos de otros se van remontando de maravilla en maravilla. Débense á Galileo las importantes verdades de que el espacio recorrido en la caída de un cuerpo está en razón del cuadrado del tiempo, y que el movimiento de los proyectiles se verifica en sentido de una curva parabólica.*

(19) Comprendo bajo esta denominación no solo á los verdaderos enciclopedistas, sino hasta los filósofos de nuestros tiempos.

(20) No fueron su única causa, pero sí una de las más poderosas. No provino esta revolución de este ni de aquel hombre determinado, ni de este, ó aquel libro: trajéronla los acontecimientos: era inevitable, y esto es precisamente lo que muchos no quieren acabar de entender. Nació particularmente del progreso de la sociedad hacia las luces y hacia la corrupción, y por eso se notan en ella principios tan excelentes, y consecuencias tan aciagas. Los primeros se derivan de una teoría ilustrada; las segundas nacen de la corrupción de las costumbres. Ese es el verdadero motivo del desarrollo de crímenes ingeridos en un tronco filosófico, y esto es lo que he procurado demostrar en todo el curso de esta obra.**

(21) No puede esto aplicarse á sus escritos en particular; pero sí á su conjunto: en algunas de sus obras es deísta. Cosa difícil es ser consecuente.

* No puedo olvidarme de mis queridas matemáticas. Por lo menos se ve que había leído antes de escribir. (N. ED.)

** Si algo bueno he escrito en mi vida es indudablemente esta nota. (N. ED.)

destruir. ¿Qué pensaban edificar sobre tantas ruinas? Nada. Impulsados por una especie de frenesí contra las instituciones de su país, que ciertamente no eran de las mejores, no pensaron, ó no se atrevieron á acometer la empresa verdaderamente útil y difícil, que es el construir: empresa que nos debe hacer mirar con recelo á los innovadores. Efecto es de la debilidad humana el que estando las verdades negativas al alcance de todo el mundo, no se revelen las razones positivas más que á los grandes hombres. Cualquiera estúpido os dirá una buena razón en contra de una cosa, pero nunca una en pro.

Proponiéndome hablar en el artículo del Cristianismo de los enciclopedistas, concluiré manifestando que aunque parezca que hablo demasiado severamente acerca de unos sabios, recomendables por muchos conceptos, no por eso dejo de hacer á su mérito la justicia que se merece. Pero dígame imparcialmente: ¿Qué produjeron? ¿Deberé apasionarme á su ateísmo? ¿Eran acaso Newton, Locke, Grocio y Bacon, espíritus débiles ó inferiores al autor de *Santiago el fatalista*, ó al de los *Cuentos de mi primo Vadé*? ¿Serían absolutamente ignorantes en materias de moral, física, metafísica y política? ¿J. J. Rousseau era un espíritu limitado? ¿Pues bien! Todos esos creyeron en el Dios de su patria, y todos predicaron religión y virtud. Otra reflexión desoladora puede también hacerse por otra parte: ¿Lo que los enciclopedistas manifestaban podrá creerse que fuese la opinión íntima de su conciencia? Tal es la vanidad de ciertos hombres, hasta tal punto son débiles, que muchas veces por solo el afán de una triste celebridad afirman lo que se hallan muy distantes de creer (a), sobre todo yo no sé si hay algún hombre que sepa con exactitud el verdadero rumbo que siguen sus pensamientos (b).

Antes de hablar de la influencia que los bellos ingenios del siglo de Alejandro y los del nuestro ejercieron, vamos á presentarlos en un grupo á los ojos del lector, escogiendo los más amables de entre ellos, para poderlos formar una idea de sus obras y de su estilo, y pasar en seguida á la historia de sus costumbres: de este modo formaremos insensiblemente una pequeña historia completa de la filosofía, y de sus adeptos.

CAPITULO XXVI.

PLATON, FENELON, J. J. ROUSSEAU.—LA REPÚBLICA DE PLATON, EL TELÉMACO Y EL EMILIO.

Si las gracias del estilo, el calor de la imaginación y una inefable expresión en lo místico y espiritual, parecida al modo de hablar de los ángeles, son las prendas que dan á un escritor el dictado de grande y sublime, Platon puede sin disputa alguna aspirar á ese título. Acaso su manera de decir se parecerá á la del virtuoso arzobispo de Cambrai más que al estilo de Juan Jacobo, pero la analogía entre este y el filósofo griego resalta más por la identidad del asunto que trataron. Vamos á presentar el magnífico grupo de esos tres admirables ingenios, en quienes se encierra todo cuanto hay de amable en la virtud, de grande en el talento y de sensible en el carácter de los hombres.

Platon, en su *República*, Fenelon, en su *Telémaco*, y Juan Jacobo en su *Emilio*, han presentado en su perfección el hombre moral y político.

El primero divide su *República* en tres clases (1): el pueblo ó los artesanos, los guerreros que defienden la patria, y los magistrados que la dirigen. La

(a) Ciertamente. ¿Podrá decirse que yo soy ateo? Millo- nes de ejemplos, podrían citarse de esa deplorable vanidad. (N. ED.)

(b) *Candidez cómica.* (N. ED.)

(1) *PLATON, de Rep., lib. II, pág. 293, etc.*

educación del ciudadano principia desde la cuna. Sin duda sus tiernos padres se apresuran á velar sobre ella? Nada de eso. Trasportado el recién nacido á un establecimiento público (2), va á nutrirse con la leche de otra madre: tal vez la suya propia estará sin conocerlo, dando el pecho junto á su cuna, á otro niño.

Así que el ciudadano empieza á entrar en la edad de la adolescencia tiene que invertir todas sus horas en el gimnasio.

El primer objeto en que han de fijarse sus miradas es en el pudor sin velos y allí han de perder las formas de la virgen su misterioso encanto, como una rosa en el polvo de la arena. Su mirada ha de familiarizarse con las gracias en su desnudez, y en su imaginación han de borrarse todos los incentivos de la belleza ideal. Privado de familia, tampoco le es dado tener una querida; y cuando la patria elegirá en su nombre una compañera, tendrá por lo regular que romper sus primeras relaciones para admitir en su lecho nupcial no á una doncella tímida y llena de pudor, sino á una esposa pública para la cual no hay castidad en los besos, ni misterios en el amor.

Si entre aquellos hijos comunes de la patria hay alguno que descollando por lo hermoso de su figura, ó por precoces indicios de talento da lugar á creer que con el tiempo será un grande hombre, se le da una educación aparte de los demás se le instruye en las ciencias, y se le facilita ocasión de distinguirse de la multitud combatiendo en defensa de la patria. A proporción que va avanzando en edad se le confieren los más importantes empleos y se le instruye en las causas secretas de la naturaleza, hasta que por último un filósofo le revela la existencia del ser infinito. De esta manera ha ido aprendiendo el modo de desprenderse de todos los afectos humanos, y como viajero en el mundo intelectual, despojado por decirlo así, de su terrestre cubierta, se asocia á la sabiduría divina, de la cual no es más que una mera sombra la humana. Por último cuando cincuenta años de estudios y meditaciones le han dado una naturaleza superior á la de sus semejantes, vuelve el ciudadano á descender á la tierra para ser uno de los magistrados de la patria.

Tal es el hombre político de Platon. El divino discípulo de Sócrates quería en el delirio de su virtud espiritualizar á los hijos de la tierra, y para hacerlos semejantes á Dios, principiaba oprimiendo al pueblo, creando un cuerpo de genizaros, instituyendo legisladores metafísicos y despojando á los ciudadanos de la piedad de padre, y del amor conyugal, que la naturaleza ha concedido hasta á los mismos tigres que vagan por los desiertos. ¡Comunidad de hijos! ¡Oh blasfemia filosófica! Mil veces más feliz, es en comparación de la mujer de semejante república la triste pordiosera que va en nuestras ciudades mendigando un pedazo de pan de puerta en puerta sosteniendo en sus brazos al hijo de sus entrañas. La sociedad harto cruel la rechaza de su seno; pero la providencial naturaleza la recibe en sus brazos: seguro es que no sentirá la inclemencia del invierno, si entre sus harapos encuentra alguno bastante grande para abrigar al fruto de su corazón. Hasta del hambre que la devora la vereis olvidarse si en su estenuado pecho encuentra sustento para el hijo querido, para aquel tierno niño que con su inocente sonrisa le hace perder la memoria de la miseria que la abruma, y con sus angelicales caricias la recompensa del horrendo abandono á que una sociedad tal vez injusta la ha condenado (3).

El arzobispo de Cambrai comprendió mejor que el

(2) *Id. Ibid., lib. V, pág. 460.*

(3) Algo de esto he dicho en el *Genio del Cristianismo*; pero este pasaje en su totalidad es mejor en esta obra. (N. ED.)